

Irán: la camisa de once varas de Trump

Francisco Belaunde Matossian*

Es bastante obvio que la guerra lanzada por Estados Unidos contra Irán el 28 de febrero es la crónica de un desastre anunciado. Era lo previsible, desde bastante antes de que se desatara, para los servicios de inteligencia norteamericanos y para cualquier analista medianamente informado. Era evidente que los iraníes, en reacción a los ataques estadounidenses, cerrarían el estrecho de Ormuz y atacarían a los países vecinos, generando una crisis energética y económica global. Incluso Estados Unidos se vería afectado por el consiguiente aumento del precio de la gasolina y de otros precios, con una derivación política, al reducir aún más las posibilidades de triunfo de los republicanos en las elecciones legislativas de noviembre próximo.

El problema es que la racionalidad es un bien escaso actualmente en el edificio de la avenida Pensilvania 1600 en Washington, o, en todo caso, pierde terreno frente a factores como la emotividad, el autoengaño y la vulnerabilidad ante la manipulación de socios y aliados, concedores, en especial, de los efectos de la adulación en el actual inquilino de la Casa Blanca. La psicología, que suele tener un rol en las relaciones internacionales, tiene un papel superlativo en el escenario del momento. Se puede pensar que el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu lo sabe muy bien, pues, según voces como la del propio secretario de Estado Marco Rubio, Estados Unidos se lanzó a la guerra por presión de Jerusalén.

En la sede del gobierno hebreo y en Washington, se dio por descontado que el abrumador poderío militar estadounidense acabaría con el régimen de los ayatolás que ya se encontraba debilitado por la guerra anterior y tras las protestas populares de unas semanas atrás, reprimidas a costa de un baño de sangre.

Todo lo contrario a la ilusión de la dupla Netanyahu-Trump ha sucedido. La República Islámica no solo ha sobrevivido, sino que se ha fortalecido respecto de su situación previa al 28 de febrero, interna y externamente.

Desde el punto de vista doméstico, la guerra parece haber potenciado el reflejo nacionalista en parte de la población iraní, llevándola a cerrar filas con el régimen, más allá del descontento que persiste por la situación económica y la represión.

Por otro lado, la dirigencia islámica se siente envalentonada frente a Estados Unidos, no solo por haber sobrevivido, sino también al hacerse evidente la desesperación de Donald Trump de llegar a un acuerdo para poner fin a su aventura militar, al caer en cuenta, muy tarde, que se había metido en la trampa que los demás habían previsto.

Peor aún, hasta los enfrentamientos iniciados el 28 de febrero, Irán no reclamaba un supuesto derecho de controlar de manera permanente el estrecho de Ormuz y de cobrar

* Abogado. Estudios de derecho realizados en la Universidad de Paris II, Francia, con Maestría en Derecho Internacional y Europeo. Director de la revista "Testimonio" del Instituto de Estudios Social Cristianos. Miembro del Comité Ejecutivo de la Alianza Francesa de Lima. Comentarista de política nacional e internacional en diversos medios de comunicación del Perú y del extranjero.

una suerte de peaje a las embarcaciones que pasaran por ahí. Ahora sí. Es decir, Estados Unidos ha creado un problema que antes no existía y que será una fuente recurrente de nuevas tensiones regionales con efectos económicos a nivel mundial. Aunque las negociaciones lleven a que se regrese a lo que el acuerdo de 2015 ya había alcanzado, a saber, la renuncia de Irán a desarrollar armamento atómico, el nuevo problema de Ormuz persistirá.

Al momento de escribir estas líneas, el memorandum de entendimiento suscrito entre las partes el 17 de junio que, a la par de establecer un cese de fuego de 60 días y otorgar importantes concesiones económicas a Irán, contempla negociaciones sobre el tema nuclear, parece haber volado por los aires, tras nuevos enfrentamientos. Estos se han dado en torno, precisamente, a la pretensión de Irán de controlar permanentemente el tráfico marítimo por el estrecho de Ormuz. El presidente Trump ha dado por muerto ese instrumento firmado por él mismo con cierta solemnidad en el palacio de Versalles, tras la cumbre del G7. El mundo se encuentra entonces ante la perspectiva de la reanudación de la guerra a gran escala en el golfo Pérsico, con todas las consecuencias energéticas y económicas ya señaladas.

El panorama es aún más complejo e incierto, debido a las divisiones en el seno de la dirigencia iraní. El asesinado líder de la Revolución Islámica Alí Khamenei tenía toda la legitimidad para imponer sus decisiones. Tras su desaparición, su hijo Mojtaba Khamenei fue designado como su sucesor, pero no tiene, de facto, la misma autoridad. Ello se debe, en parte, a que, según diversos reportes, resultó seriamente herido tras el mismo bombardeo que mató a su padre, lo que dificulta su interacción con los diferentes componentes de la alta jerarquía del país. De hecho, no ha sido visto en público, y ha estado ausente durante los funerales de su padre. Las controversias entre los sectores más radicales, que no quieren ninguna negociación con Estados Unidos y los pragmáticos, que tienen la postura contraria, se transparentan a través de los medios del régimen e incluso en la calle con manifestaciones en apoyo de uno y otro bando. Los pragmáticos acusan a sus adversarios de infligir un mayor sufrimiento a la población, y efectivamente, es lo que resulta de una postura inflexible al borde del nihilismo, que solo parcialmente, puede explicarse por la desconfianza en Estados Unidos, tras su retiro del acuerdo del 2015 y, en general, los vaivenes y la impredecibilidad de Trump.

A ese respecto, cabe la reflexión de hasta qué punto, derminados gobernantes defienden el interés nacional, o sus acciones derivan más de sus obsesiones, posturas ideológicas o cálculos políticos de corto plazo, arrastrando a los ciudadanos en sus aventuras insensatas.

En todo caso, la incertidumbre se mantiene en el golfo Pérsico y en el Medio Oriente en general, fomentada también, por cierto, por Israel, cuyo comportamiento ultrabelicista es un obstáculo para cualquier solución pacífica, incluída la planteada por la Junta de la Paz creada por Trump para Gaza. Además, el absoluto rechazo de Netanyahu a la creación de un Estado palestino y las acciones criminales de los colonos judíos en Cisjordania con anuencia gubernamental, constituyen el impedimento principal para cualquier solución de un conflicto que ya lleva décadas golpeando al mundo y del cual el capítulo iraní es solo un componente.

Belaunde Matossian, F. (2026, junio-julio). *Irán: la camisa de once varas de Trump*. Boletín virtual Panorama Mundial. Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://idei.pucp.edu.pe/panorama-mundial/>